



CAPÍTULO UNO

No le había dolido, el día que se arrancó el corazón. Andrew había escrito sobre eso con un bolígrafo afilado y una letra enmarañada: una historia sobre un chico que se clavó un cuchillo en el pecho y lo abrió, dejando al descubierto unas costillas que parecían las raíces musgosas de un árbol y un corazón que era una cosa magullada y desdichada. Nadie querría un corazón así. Pero aun así se lo arrancó y lo entregó.

El dolor y el vacío era una sensación familiar. Un dolor cómodo.

Andrew siempre había sido un chico vacío.

Era más fácil contar una historia que decir cómo se sentía, y por eso había arrancado la página de su cuaderno y la había deslizado en el bolsillo trasero de Thomas el último día de clases antes del verano. Luego Andrew se había marchado en el coche de su papá y a Thomas se lo había llevado el autobús, y eso había sido todo. No se verían hasta que la Academia Wickwood volviera a abrir sus puertas.

No importaba si Thomas encontraba o no la verdad en la historia, que solo él era el dueño del corazón de Andrew. La emoción de la confesión había sido terrible y hermosa; y retractable. Por si acaso.

Había palabras para la gente como Andrew Perrault. *Desesperado*, quizás. *Raro* también encajaba. *Cobarde* dolía, pero no era mentira.

Era probable que Andrew fuera la única persona que no esperaba con ansias el verano o las vacaciones, sino que se sentía mejor en la escuela, ya que le resultaba más sólida y real. Asistía a Wickwood desde que tenía doce años; las paredes cubiertas de enredaderas, los viejos edificios de piedra, incluso los jardines de rosas y el bosque que rodeaba el campus, se sentían como casa. Allí dejaba todo: sus libros, sus recuerdos, sus útiles escolares. Y también a Thomas Rye.

Andrew lo necesitaba. Si se lo quitaban, moriría.

Pero el verano había terminado y esa sensación de plenitud todavía no había llenado su pecho mientras su papá lo llevaba de regreso a Wickwood. Lo único en lo que podía pensar era que este era su último año. El temor ya amenazaba con sofocarlo.

Andrew presionó la mejilla contra la ventanilla fría del BMW a medida que avanzaba por los caminos serpenteantes. El bosque se volvía más denso a cada lado y se sentía como si estuviera adentrándose en un túnel de un verde hambriento y oscuro. El lugar estaba a una hora de la ciudad, pero su papá manejaba demasiado lento. Por lo general, manejaba a una velocidad moderada, atendiendo llamadas y dictando correos electrónicos en su teléfono mientras sostenía el volante de manera relajada, con su reloj de oro tintineando contra los gemelos de su camisa.

Pero hoy estaba sentado rígido con la mandíbula tensa. Miraba a Andrew por el espejo retrovisor y Andrew seguía fingiendo que no lo notaba. Se puso uno de sus auriculares para contrarrestar el silencio. Su

computadora portátil estaba abierta sobre sus piernas con dos líneas del principio de una nueva historia.

Esto era lo que hacía Andrew: contar historias. Historias con rincones oscuros y amargos y espinas llenas de magia. Historias sobre monstruos con dientes relucientes y filosos. Escribía cuentos de hadas, pero crueles.

Y a Thomas le encantaban.

Había una vez un príncipe que llevaba una corona de serbal que lo protegía de los enemigos, pero una dulce mujer de los sauces le pidió que se la quitara a cambio de un beso. Después del beso, ella le arrancó los ojos.

“Son lo mejor”, dijo Thomas. “Me dan ganas de dibujar. ¿Significan algo?”

Andrew se había encogido de hombros, pero un fervor se había encendido debajo de su piel al escuchar el halago. “Son solo para causar dolor”.

Como un corte de papel, una pequeña herida que no significaba más que *estoy vivo, estoy vivo, estoy vivo*.

Thomas era el único que entendía las historias. El papá de Andrew no. Ni siquiera Dove las entendía, lo que se sentía como una traición ya que eran mellizos.

Ella iba sentada en el asiento del acompañante, de brazos cruzados y una postura rígida. Estaba librando una guerra silenciosa contra su papá. Andrew no tenía idea sobre qué, pero ni siquiera se miraban.

Andrew y Dove se veían como mellizos. Ambos tenían tez clara, cabello dorado como la miel, ojos castaños y no había mucha diferencia de altura entre los dos. Pero Dove era una estatua de hielo reluciente, hermosa y peligrosa e imposible de remodelar, mientras que Andrew era más bien una colección de hojas muertas, frágiles y quebradizas.



Dove era la única a la que todos veían y Andrew era al que todos olvidaban.

Su hermana llevaba puesto el uniforme de Wickwood, que consistía de una camisa blanca con corbata, un blazer verde oscuro y una falda a cuadros, con ningún botón y cabello fuera de lugar. Dove tenía la gracia de alguien que se esperaba que estuviera parada ante un auditorio y diera el discurso de fin de año mientras le sacaban fotos y la inmortalizaban como un ejemplo de la perfección. Le iría bien este último año; sería todo suyo. Andrew, en cambio, sospechaba que este año lo molería a golpes en un callejón oscuro y lo daría por muerto.

Tenía un nudo en el estómago, pero al llegar trató de calmarse. Thomas estaría esperándolo con sus pómulos pecosos y su ceño fruncido, siempre furioso con todos salvo con los mellizos Perrault.

Él era de ellos y ellos de él. Así había sido desde que se conocieron.

El coche pasó de la carretera lisa al camino de grava, y Andrew se presionó aún más contra la ventanilla. Su corazón se aceleró. Aquí estaba Wickwood, elevándose entre el bosque y las espinas en medio de la nada en Virginia. Varios coches y autobuses ocupaban la rotonda en la entrada y los estudiantes inundaban la escalinata de mármol del frente junto con sus maletas y sus padres inquietos.

A medida que el coche aminoraba la marcha, buscando un lugar para aparcar, Andrew buscó a Thomas. Nada.

Miró su teléfono. Se sobresaltó un poco al ver las cicatrices sobre su piel, tan delgadas como una telaraña, que iban desde sus dedos hasta la muñeca. Ya no le dolía. Apenas recordaba cómo se las había hecho.

Revisó si había recibido algún mensaje, aunque sabía que no habría ninguno porque a Thomas se le había roto el teléfono una semana después de que empezaran las vacaciones.

Andrew abrió su chat y se mordió el labio.

mi telfno ss rompió perdna ls errors te veo en la escuela

Andrew se había tomado un tiempo insoportablemente largo para pensar una respuesta que no sonara como si estuviera entrando en pánico. Un verano entero. Sin hablar. Thomas podía escribirle por correo, pero nunca lo hizo.

Andrew le había escrito: ¿Cómo se te rompió ahora?

papá lo rompió. se estrelló contra mi caabeza cuando lo arrojó cntra la pared. Está por apgaarse no lo pueedo cargar. no te vuelvas loco.

¿Cómo rayos se suponía que Andrew *no se volviera loco*? No era la primera vez que Thomas mencionaba a la ligera algo como eso (parecía que solo Andrew se sorprendía por ese nivel de violencia), pero no había podido dejar de pensar en lo mucho que debió haberle dolido. O si le había dado una concusión un golpe como ese. O las largas semanas en las que podían pasarle cosas peores por nunca saber cuándo cerrar la boca.

Thomas tenía eso en común con Dove: tendrías más suerte ablandando una roca.

El papá de Andrew se detuvo detrás de un autobús y dejó el coche en marcha. El caos de cientos de voces chocaba contra la ventanilla. Andrew dudó, con sus dedos sobre la manija de la puerta. Por más intenso que se sintiera el ambiente afuera, sería mejor que la tensión agobiante dentro del coche.



–Andrew –dijo su papá, mirando sus manos como si estuvieran sol-dadas al volante–. Hay otras escuelas.

Él abrió la puerta.

–*Andrew.*

El suspiro estaba cargado de frustración, pero también cansancio e hizo que Andrew se desplomara otra vez sobre su asiento y dejara que la puerta del coche se cerrara. Habían tenido variantes fragmentadas de esta conversación en el pasado, y la odiaba. El año anterior había sido... No importaba. Ya había terminado.

Andrew no se cambiaría de escuela. Su vida estaba *aquí*.

Miró por la ventanilla buscando a Thomas otra vez.

–Está bien, entonces, escucha. –Los músculos en la mandíbula de su padre se tensaron otra vez–. Si es demasiado, llámame y vendré a buscarte. Podemos transferirte a algún otro lugar, donde quieras. Habla con la consejera escolar si... Solo habla con ella.

Miró a Dove para ver si estaba furiosa porque su padre la estaba dejando fuera de la conversación, pero debió haberse bajado cuando estaba distraído. Grandioso. No habría ninguna reconciliación hoy.

–¿Bajas? –preguntó Andrew.

–Tengo que tomar un vuelo. –La voz de su padre sonó tensa.

Andrew no preguntó a dónde y su padre no se lo dijo. Era un inversor internacional de bienes raíces y dirigía una constructora, era dueño de una cadena de hoteles y restaurantes y tenía suficiente carisma para convencer a cualquiera de hacer cualquier cosa. Vender, comprar, invertir. Era el acento australiano, decía Dove, y agregaba: “Mira, Andrew, todavía seguimos siendo una novedad en los Estados Unidos. Usa bien tu acento y tendrás a cualquier chica que quieras para el final de la secundaria”.

Decidió hablar tan poco como fuera posible por el resto de la eternidad.

Ser invisible era mejor. Era más fácil hablar menos y esconder sus puntos débiles para poder encajar a la sombra de los chicos ricos de escuelas privadas con sus expresiones aburridas y sus garras gatunas. Atacaban a sus presas por diversión y solo las dejaban en paz una vez que aprendían a mostrarse sumisas. Entendía las reglas.

–Solo no te metas en el bosque –dijo su papá–. ¿Andrew? Prométeme eso al menos.

–Está bien –respondió, pero no lo decía en serio porque el bosque era el lugar favorito de Thomas.

Esta vez cuando Andrew se bajó del coche, su padre no lo detuvo.

Bajó la maleta a la acera y apoyó su morral contra esta. Dove no lo había esperado. Eso dolía. Guardó su computadora portátil en la maleta y luchó con la cremallera mientras el coche de su papá se alejaba.

Así Andrew se quedó solo, con las manos sudadas y un pulso firme de ansiedad en su estómago. A estas alturas, Thomas debería haberlo visto y bajado a recibirlo. Los tres por lo general se quedaban juntos en la escalinata, como un huracán repentino, mientras se ponían al día. Thomas pasaba un brazo sobre los hombros de Andrew mientras se burlaba de Dove por empezar a planificar las materias extracurriculares de este año.

Amigos, mejores juntos. Eran todo lo que necesitaban y era suficiente. Había sido así desde que llegaron a Wickwood.

Andrew repitió eso algunas veces para que se sintiera sólido.

Pero ¿qué tal si Thomas no estaba aquí? ¿Qué tal si sus calificaciones no le habían asegurado un lugar o si sus padres lo habían sacado de Wickwood o lo habían *asesinado*...?

Un ajetreo en la escalinata hizo que Andrew volteara. Todo estaba



hecho de piedra aquí afuera. El edificio principal estaba rodeado por un cuidado césped verde y rosas de finales del verano. Todo tenía el aire de una tradición cómoda. Salvo que, en lugar de estar repleto de académicos amables, Wickwood tenía su cuota de buitres detestables listos para picotear los huesos de los débiles. Un grupo de alumnos de último año molestaban a todos en la escalinata, dándose palmadas en la espalda y gritando tan fuerte que ahogaban las voces de los demás. Pero fue un manotazo contra un libro, la explosión de un montón de páginas y un grito rabioso lo que le llamó la atención.

Thomas estaba parado con los puños cerrados, sujetando el pasamanos con tanta fuerza que parecía estar a punto de subir corriendo por la escalinata. Su cuaderno de dibujos parecía un ave que se había elevado hacia el cielo y un montón de páginas revoloteaban alrededor de sus pies.

Los buitres dirían que fue un accidente. Y les creerían porque eran los predilectos de Wickwood. Venían de familias respetables y ricas, tenían una dentadura blanca y cabello perfecto, apellidos de alta alcurnia relacionados con políticos, abogados y CEO.

En cambio, Thomas no encajaba con ninguno de esos criterios y no tenía la prudencia de no golpear a nadie y ser expulsado antes de la primera clase.

Andrew llevó ambas manos a cada lado de su boca y gritó:

—¡THOMAS!

Docenas de cabezas giraron en su dirección.

Pero solo una importaba.

Todo el cuerpo de Thomas giró hacia el sonido, como si incluso en medio de la conmoción, su nombre pronunciado por los labios de Andrew siempre fuera escuchado. Miró una última vez furioso a los buitres

y luego se abrió paso entre el resto de los estudiantes para acercarse a él sin aliento.

Se quedaron mirando por un segundo, lo suficiente para que la ansiedad de Andrew aleteara como un montón de polillas detrás de sus costillas. Todo ya había salido mal y Dove no estaba por ningún lado y Thomas llegaba tarde. Después de todo, la amistad duraba para siempre hasta que ya no lo hacía. Tantos meses podían cambiar a cualquiera. Estirar lazos. Romperlos...

–¿Estás bien? –preguntó Thomas.

Dudó antes de asentir, porque este no era su saludo normal. Pero luego Thomas se abalanzó sobre él y la manera en que lo envolvió con sus brazos lo dijo todo.

Solo duró un segundo. Luego Thomas se apartó y le dio una palmada en el hombro mientras sonreía ampliamente.

–Eres puro hueso. ¿Comiste algo durante el verano?

–¿Eso no es algo que dicen las abuelas? –preguntó Andrew, esbozando una sonrisa juguetona, que no se desvaneció cuando Thomas le dio un empujoncito.

–Es lo que dice la gente que está hambrienta y lo proyecta. *Me muero de hambre.* –Tomó el morral de Andrew y lo colgó sobre su hombro—. No puedo creer que no nos sirvan el desayuno el primer día de clases. Vamos, guardemos tus cosas antes de que empiece la asamblea. ¿Cómo estuvo el verano? ¿Un infierno?

–Siempre. ¿Cómo...? –empezó a preguntar, pero se detuvo y lo miró preventivamente para asegurarse de que estuviera entero.

Para asegurarse de que fuera real.

Todo se veía como siempre: su cabello rojizo y su mandíbula angulosa y el rostro de alguien que parecía haberse tirado encima un frasco



entero de pecas. La mayoría de los chicos de su edad le llevaban al menos una cabeza de altura y su uniforme lucía como si hubiera estado en una pelea: tenía la camisa desaliñada y por fuera de sus pantalones, y la corbata era un nudo enmarañado en su garganta. No llevaba el blazer. Ni el chaleco. Tenía los dedos manchados de tinta y pintura en la mandíbula...

No, pintura no, sangre seca. Andrew resistió el impulso de apoyar un pulgar allí.

–Yo, por mi parte –dijo Thomas–, quiero golpear a Bryce Kane y su grupito, pero no es nada nuevo.

–¿Ese cuaderno de dibujos...?

–No tenía casi nada. Olvídalo –interrumpió, levantando una página del suelo y guardándola en su bolsillo–. ¿Necesitas algo? ¿Quieres que...? No sé. Yo solo... –Se frotó el cabello e inclinó la cabeza hacia Andrew.

No debería estar tan incómodo. Ni siquiera le había preguntado por qué Dove estaba molesta ni por qué habían llegado tarde. Ni siquiera había empezado una diatriba sobre Bryce Kane y sus buitres, las némesis personales de Thomas, con quienes antagonizaba tanto como lo molestaban. Más bien lucía inquieto, como si hubiera bebido demasiado café y no pudiera mantener el contacto visual.

–Estoy bien –respondió Andrew, pero no agregó: *¿por qué no lo estaría?*

–Después de todo lo que pasó el año pasado... –Hizo una mueca de incomodidad y luego negó con la cabeza.

–¿Qué hay de ti? ¿Sobreviviste? Pero tu teléfono... ¿Tus padres, emm...?

Thomas se puso tenso, como si su cuerpo se hubiera replegado



sobre sí mismo. Se toqueteó las mangas antes de meter las manos en los bolsillos.

–No quiero hablar de eso –murmuró y se obligó a meterse en la multitud.

Siempre era un poco reservado cuando se trataba de sus padres, pero esto era otra cosa.

Andrew levantó su maleta y lo siguió. Tenía que confiar en que volverían al ritmo usual, pero le preocupaba de una manera real y profunda la manera en que Thomas parecía ponerse una armadura cuando hablaba sobre su familia. Nadie miraba a los estudiantes de Wickwood, con sus matrículas extravagantes y sus exigentes calificaciones, y se preguntaba qué clase de gente eran sus padres.

Alcanzó a Thomas y subieron por la escalinata en sincronía. Dos escalones a la vez. Sus nudillos se rozaron al llegar arriba.

Bajó la vista por instinto, sin estar seguro de si eso había sido un accidente. Entonces vio la manga de Thomas, la que había intentado esconder antes.

Podía ser pintura. El chico era un desastre crónico que siempre estaba desarreglado, se volcaba cosas encima y tenía el cabello despeinado y manchas de pintura en los puños de su ropa.

Pero esta mancha era roja como el vino. Estaba algo borroneada, como si la hubiera frotado con una servilleta de papel.

Thomas volteó y la mancha quedó fuera de vista. Empezó a hablar sobre las renovaciones del dormitorio, pero su tono se sentía demasiado ligero, demasiado forzado, y Andrew notó la manera en que sus dedos temblaban mientras se acomodaba la manga.

La primera pregunta que se le apareció en la mente fue: ¿de quién era esa sangre?



La segunda fue: ¿cómo se suponía que contuviera el calor que latía detrás de sus ojos y se extendía por su mandíbula, quemándolo por dentro? Si alguien había lastimado a Thomas...

Respira. Intenta que no se te note en la expresión.

Caminó por detrás de Thomas, pero su cabeza estaba sumida en una nube de ruido blanco.

Porque esta era la verdad de su amistad con Thomas Rye:

Una vez, Andrew se había arrancado el corazón y se lo había entregado a este chico, y estaba muy seguro de que Thomas no tenía idea de que Andrew haría cualquier cosa por él. Lo protegería. Mentiría por él.

Mataría por él.

